

Los humoristas gráficos

MARTINMORALES: UN JOVEN SERIO Y TERRIBLEMENTE SERIO



mos una botella de vino de Rioja que alternamos con cacahuets. Y después de un rato le pedimos lo inevitable, que nos describa su biografía en pocas palabras.

—Nací en Almería. En 1946. Allí estuve hasta los catorce años. Soy hijo de maestra y de militar. Mis padres se iban trasladando de un sitio a otro y allá iba yo, naturalmente. Por eso estoy como desarraigado. Tengo como una pequeña alma de cada rincón. Mi pueblo

pueden ser varios pueblos, como Dalías, Motril, Galera y, por último, Granada. De cada sitio tengo un recuerdo.

—En Motril empecé a publicar mis primeros dibujos. Tenía entonces dieciséis o diecisiete años. Fue en el periódico local "El Faro". Cuando terminé Preu, quise hacer una carrera. No sabía si escoger Bellas Artes o Periodismo. A mi familia no le parecía bien aquello, y tuve que decir que quería ser perito. Y

hacia el año 1965 o 1966 inicié los estudios de perito industrial en Málaga. Desde allí mandé dibujos a Bruguera, para el tebeo «DOT». Allí estaba Perich y me animaba. Todas las semanas enviaba algo a Bruguera. Había que hacer dibujo con humor intemporal, suave. No había salido la ley de Fraga.

—Después de aquella época haciendo tornillos, tuve que inventarme una excusa para venirme a Madrid, y convencí a mis padres de que quería ser perito industrial químico.

Empecé a publicar en "Arriba", luego en el diario "Madrid", en "El Alcázar", de Epesa... Recuerdo que le llevé unos dibujos a Jesús Hermida, a "Pueblo", y me dijo que no, que era incompatible publicar en "Pueblo" y en "El Alcázar". Me independicé de alguna forma, y dije a mi padre que no enviase dinero. Después vino una crisis. Pasé hambre. Comía en el SEU. Yo no quería claudicar. Mi padre enfermó y tuve que regresar a Granada. En 1969 empecé a colaborar en "El Ideal", con un dibujo diario. Allí empecé a ser medio profesional. Donde realmente yo me he hecho como dibujante ha sido en "El Ideal".

—Y después llegó tu boom, digamos, tu oportunidad para demostrar tu valía como humorista gráfico.

—En Madrid, empecé a reconocerme, con «Interviú». Aunque llevaba muchos años luchando, era un don nadie.

En 1972 o 1973 vi que podría dar el salto a Madrid. Venía con un dinero de Granada, y creí que podría resistir sin claudicar. Quería entrar en «Por favor» y después vino «Interviú». A nivel nacional ha sido mi lanzamiento profesional.

—Tu especialidad es el dibujo político, ¿O, con precisión, cómo se dice?

—Yo soy dibujante de humor. Chistoso, en principio, no soy. Lo que hago es reflejar la realidad de mi país. Ahora mismo el consumo nacional es la política, aunque, la verdad, en mi caso, al igual que otros dibujantes, estoy harto de hacer humor político. Si se puede decir que soy dibujante político, porque es lo que me encargan. Cuando este país se normalice, el hombre político no estará en candelero.

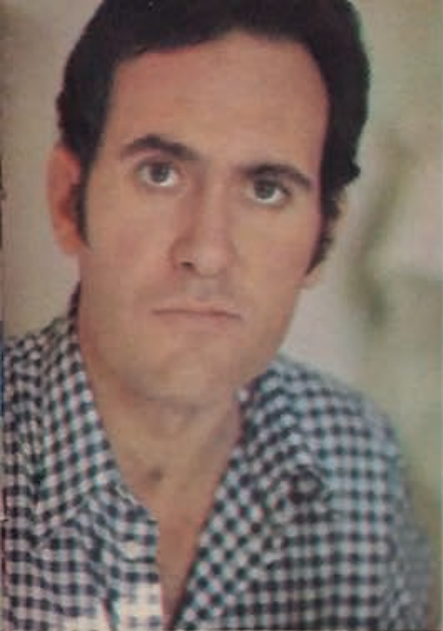
—¿Quiénes han sido tus maestros en esto del humor? ¿Qué dibujantes han influido más en ti?

—Mira, yo, desde que tenía uso de razón ya dibujaba. De entonces se me vienen a la memoria dibujantes como Ibáñez, Vázquez, Jorge... Pienso que ellos habrán influido en mí, sin querer. Pero, ya te digo, ya de pequeño sentía una afición tremenda por dibujar y por leer tebeos. El maestro me decía que mi libro era un leproso, porque lo tenía lleno de dibujos. Yo recibía muchos palos por leer tebeos, como «El guerrero del antifaz», «El Cachorro». Yo vivía con los personajes. Me veía allí representado, dentro de las viñetas.

—Y, en esto del humor, no hay



Francisco Martín Morales posee una casa en la Urbanización Saconia, de Madrid. No le gusta vivir en la capital de España; lo que más le agrada es cambiar de residencia muy a menudo. Su trabajo le permite desplazarse por toda nuestra Geografía, no estarse quieto en ningún sitio.



Francisco Martín Morales nació en Almería hace treinta y tres años. Sus primeros dibujos los publicó en un diario de Motril.

una escuela. Yo puedo decirte que ahora admiro a Máximo, a Perich, a Cesc. Y de humoristas extranjeros me gustaban mucho Bosc y Chavall (ambos se suicidaron por amor). Mingote es un maestro.

—¿Ahora, que ya hay una mayor libertad de expresión, existe alguna particular diferencia entre el humor español y el europeo?

—Todavía sigue habiendo diferencias. El humor español está anquilosado. Ahora se dicen más cosas, hay más libertad, pero esa forma no difiere tanto de como se decía antes. Mira, en la última época de Franco ya había dibujantes políticos. Y después no ha habido una evolución grande, un planteamiento nuevo. En el humor no hay tios nuevos, ni nuevas formas, ni nuevos gráficos. Todavía se emplean símbolos para atacar a los políticos. Estamos muy en pañales. Hay mediocridad de ideas de dibujantes.

—Hacia los años 1971 y 1972 el humor español tuvo un gran apogeo. Nacieron varias publicaciones de éxito. Y ahora, con la llegada de la democracia, llega la crisis también en el campo del humor y se cierran algunas revistas. ¿Por qué? ¿Os ha perjudicado el advenimiento de la democracia?

—Efectivamente, la crisis también ha llegado al terreno del humor, cerrándose algunas publicaciones. Pero es que hay que plantearse nuestro trabajo de otra manera. La democracia tiene que ser un bien para todo. Lo que se precisa es inventar nuevas expresiones, ser más real. Por ahí tiene que caminar el humor del futuro. Esta crisis también afecta a la Prensa en general. Por otra parte, ahora, como está la situación tan confusa, no podemos atacar a la democracia con nuestros dibujos, sino todo lo contrario. Esto a veces es difícil. La democracia también comete errores.

—Debido a tu especialidad como dibujante político, supongo que recibirás amenazas, que sufrirás alguna que otra demanda...

—Pues sí. La verdad es que me amenazan de cuando en cuando, sobre todo los ultras, la Triple A... Y demandas también. Ahora ten-

«Chistoso, en principio, no soy. Lo que hago es reflejar la realidad de mi país.»

go pendientes tres o cuatro juicios.

Con esa cara de chico bueno, tímido, amable, parece una contradicción todo esto que está contando. Pero él bien sabe lo que hace, y con qué ánimo lo hace.

—Bien, amigo, ¿cómo te organizas tu trabajo diario? ¿Cuáles son tus normas?

—En principio, te confieso que soy bastante profesional. No creo en la bohemia. Me levanto cada día a las ocho y media y me pongo a trabajar hasta las dos y media. Sigo la radio. Trabajo con ella de fondo. Leo la Prensa. Sobre todo la radio me sirve mucho. Y ahí estoy, en el Estudio, recortando periódicos, subrayando editoriales. Pero ya te he contado que no paro mucho tiempo en el mismo sitio. Me considero un ser solitario, que aparezco en cualquier sitio cuando menos se lo espera uno. Como es un trabajo libre, si tengo que estar una semana fuera, pues a lo mejor en un día hago diez o doce dibujos.

—¿Dónde colaboras habitualmente?

—En «El Ideal», de Granada; en «Interviú», en «Por favor», en «Mundo Diario»...

—¿Llevas anotado el número de dibujos realizados?

—Resulta difícil calcular. Pero, ¡vamos!, creo que andarán entre los tres mil y cuatro mil, aproximadamente.

Por culpa del espacio, no va a ser posible reflejar toda nuestra charla. Martín Morales habla mucho y yo no paro de hacer preguntas. El vino de Rioja alivia el resaca del paladar. No llevamos orden ni concierto. Parece más bien una conversación entre amigos de toda la vida.

Echa uno de vez en cuando una mirada por el salón, y se nota un descarado desorden. En realidad esta casa es un refugio de paso para Martín Morales, para su hermano Ricardo, que hace la «mill» en Vitoria, y también para sus amigos de Granada, cuando vienen a Madrid.

—Mi casa es Paquito Hilton. Los amigos de Granada, cuando vienen a examinarse de Periodismo, se quedan aquí.

Ahora está solo. Normalmente la soledad es su compañera.

—Creo que soy un hombre solitario —dice en algún momento—. A veces te vienen épocas, deseos de no estar solo, de tener compañía. Pero estoy marcado con ser un hombre solo para siempre. Soy un lobo estepario.

—O sea, que vas a continuar soltero.

—Mira, quizás así soy más libre. No tengo ningún condicionamiento familiar para nada. Quizás esto me beneficia en mi trabajo, pero quizás así también soy más infeliz. Con todo esto no quiero decir que el dibujante tiene que permanecer soltero, ni mucho menos.

—Pero supongo que tendrás tus diversiones, que no todo va a ser trabajar, estar solo y madrugar...

—Soy un poco raro en la cuestión de las diversiones. No soy discotequero, ni ligón, soy antimachista y antifeminista. Me divierten las cosas más raras. Largarme por ahí y relacionarme con gente que no tiene que ver nada con la Prensa. Me gusta irme a mi casa en La Alpujarra. Mi mundo no está nada relacionado con el cocteleo. Mira, si voy a alguna discoteca termino durmiéndome.

—Me encanta madrugar. Aunque parezca un poco trágico, me encanta ver amanecer. Me deprimen la tarde y la noche. Biológicamente, la noche te quita energías. Se van perdiendo reflejos.

—Pero, quieras o no, estás en la cresta de la ola de la popularidad. Tu nombre suena mucho. Eres admirado y odiado.

—Soy un tío que decepciona, porque creen que tengo que dar otra imagen, como estrella del humor. Entonces, como rompo esos moldes, porque soy humilde, y soy así porque mi madre no me parió de otra manera. Y me parece criminal que un humorista se las dé de estrella. Como mi profesión es ver defectos, criticar, no puedo



Martín Morales debe su popularidad al semanario «Interviú», a cuya plantilla se incorporó nada más aparecer la revista.

caer en esos defectos. Vivo aparte de la aureola, de la fama.

—Y no tendrás más remedio que seguir dibujando, que es tu gran pasión desde que naciste.

—Cada día me considero más dibujante. Soy un obrero del humor, un animal dibujante de humor. Es un recurso para sentirme igual que otra persona más.

HABLA SU HERMANO RICARDO

Una de las personas que mejor conocen a Martín Morales —los dos apellidos juntos, como a él le gusta— es su hermano Ricardo, reportero gráfico de «El País». Ahora cumple la «mill» en Vitoria. Su opinión nos va a servir para conocer un poco más todavía a esta gran persona que nos ocupa.

Por teléfono, Ricardo Martín nos dice:

—Puedo decir que es un hombre que siempre se ha movido solo. Todo lo que es se lo debe a sí mismo. Siempre ha desoído los consejos familiares, y siempre ha logrado sus objetivos.

—Es una persona a la que veo muy ensimismada con su trabajo. Casi no tiene relaciones sociales. Sus amigos son periodistas.

—Me parece, por otra parte, una persona terriblemente seria, a veces desgarrada. A veces es hasta ácido en su comportamiento, no con la gente, sino en su trabajo.

—Aunque tenemos nuestras diferencias, le considero como mi mejor amigo.

Ha llegado el momento de la partida. La entrevista ha durado tres horas y media. Nos hemos olvidado hasta de comer. ¡Váyase, por Dios!

Texto y fotos:
ELISEO ALBARRAN



A "Lecturas", con un abrazo.

Martín Morales